

Estrategias de reproducción social y satisfacción de necesidades.

Parte I: Controversias conceptuales, polémicas prácticas

Laura Massa*

Resumen

La crisis actual del capitalismo se evidencia con una crudeza, complejidad y duración sin precedentes; a causa de ello, grandes sectores poblacionales de todo el mundo encuentran dificultades para garantizar la satisfacción de necesidades.

En ese contexto, los sujetos ponen “en acción” sus capacidades productivas y desarrollan actividades orientadas a la consecución de bienes-satisfactores, las cuales son conocidas como ‘estrategias de reproducción social’, tendientes a garantizar la reproducción de la vida.

Esta reproducción opera a partir de la satisfacción de necesidades con mayor o menor calidad y en mayor o menor cantidad, bien desde la autoconservación —reforzando la individualización tanto del sistema de necesidades como la búsqueda de su satisfacción—, o bien creando formas colectivas de resolución. Y, en este sentido, siendo constitutivas de la sociedad capitalista, ponen en tensión su propia lógica, pues se erigen contra la deshumanización que genera, aunque no siempre supone la creación de prácticas, valores y sentidos emancipadores.

Ambas tendencias se cristalizan en las ‘estrategias de reproducción’, concepto sumamente polisémico que ha generado grades debates —aún no saldados— en diversas disciplinas de las ciencias sociales.

* *Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján (Argentina), maestranda en Economía Social de la Universidad de General Sarmiento (Argentina), licenciada en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Luján. Correo electrónico: laura_massa@hotmail.com*

A identificar sus aportes, sus limitaciones, sus vaivenes históricos y sus nexos conceptuales y empíricos— recuperando un análisis anclado en la explicitación de las desigualdades de clase y género— me dedico en este artículo.

Abstract

The current crisis of capitalism is clearly more severe, complex and longer than ever what generates that large sectors of the world's population found it difficult to guarantee the satisfaction of their needs.

In this context, the individuals carry “into action” their productive capacities, developing activities which are aimed to achieve real benefits. These capabilities are known as ‘social reproductive strategies’ and they intend to satisfy the needs, the reproduction of life. This reproduction works for the satisfaction of needs varying the quality and the quantity, either from self-preservation —by strengthening the individuality in both the system of identification of needs and the searching of satisfaction— or by creating collective forms of resolution. And in this sense, being constitutive of capitalist society put pressure their own logic, because they stand against the dehumanization that generates, though not always involve the establishment of practices, values and emancipatory ways.

Both trends have been materialized in the ‘reproduction of strategies’, a highly polysemic concept, which has generated debates —not yet cleared— in various social scientific disciplines.

In order to identify their contributions, limitations, historical vicissitudes and its conceptual and empirical links, recovering an analysis of the not explicit class and gender inequalities, I am comitted to this article.

Palabras clave/Keywords:

Necesidades, estrategias, reproducción social, pobreza, desigualdad. Needs, strategies, social reproduction, poverty, inequality.

Introducción

En el presente artículo intento sintetizar las discusiones, aportes e interrogantes centrales vinculados a las formas en que las unidades domésticas de sectores populares satisfacen sus necesidades a partir de un tipo específico de acciones, las ‘estrategias de reproducción’ (Hintze, S., 2004), cuyos indicadores considero que se desprenden de una variable central: las ‘prácticas de consumo’.

La disminución de los bienes-satisfactores es la característica constitutiva de tales prácticas desarrolladas por las unidades domésticas, lo que supone no sólo la reducción de la cantidad, sino de la calidad de esos bienes, cristalizando en una estrategia de reproducción social acotada, demarcada por “restricciones paramétricas” (Przeworsky, A., 1982) por el acceso diferencial a los bienes y servicios debido a las desigualdades estructurales que caracterizan a la sociedad capitalista. Por tanto, son acciones que se realizan con niveles diversos de explicitación y sus sentidos son contradictorios: pueden tanto reproducir la condición de desigualdad como aportar a su superación. No son, unilinealmente, adaptativas o emancipadoras: ambas posibilidades se tensionan ya que, ante todo, se ejecutan con el fin de garantizar la continuidad de la vida.

Existe gran caudal de literatura en torno a esta discusión, cuestión que intento recuperar haciendo especial énfasis en los desarrollos latinoamericanos, dado que se posicionan desde/en el lugar de dependencia, pobreza y subordinación de nuestros países.

La reproducción social en el orden capitalista

La agudización y aumento de la pobreza es una de las manifestaciones más profundas y heterogéneas del contexto actual, pues en ella se refracta el antagonismo central de nuestra sociedad: el conflicto capital-trabajo (Netto, J., 2002).

La pobreza, “una de las tantas expresiones de un problema más complejo: los modos de inserción social de las personas y la forma en que se mantiene la cohesión en sociedades (...) desiguales” (Lo Vuolo, R. et al: 1998; 21), es un fenómeno multidimensional, diverso y

heterogéneo que implica —a la vez que cristaliza— la ausencia, denegación o imposibilidad de acceder a los medios necesarios para garantizar la continuidad de la vida o bien de hacerlo con calidad, y es en ese sentido que considero adecuado definir la pobreza como la expresión más tangible de la desigualdad.

Su universo se ha agudizado en extensión e intensidad, ampliando los sectores sociales que lo conforman, y si bien “las carencias” que sufre la población difieren en su priorización, hábitos, cultura, prácticas de consumo, bienes-satisfactores, su común denominador es el no acceso a los bienes y servicios —materiales, simbólicos, culturales, etcétera— necesarios para garantizar una reproducción de la vida “con calidad”.

En las tensiones “desde arriba-desde abajo” (Topalov, C., 2004), una de cuyas manifestaciones es la política social, se expresan tanto las acciones estatales desarrolladas para subsanar las refracciones de la desigualdad, como los procesos reivindicativos de lucha por el reconocimiento de las necesidades por parte de los sujetos. El recorrido institucional —“peregrinaje” podría llamarlo, debido al proceso de resignación y necesidad de certificación con el que muchas veces se transita— para acceder a los recursos de las políticas sociales es una de las estrategias desplegadas por los sujetos pobres.

La reproducción social en el sistema capitalista no es sólo constitutivamente desigual, sino que está cercenando las posibilidades mismas de su continuidad al destruir a los sujetos y la naturaleza, que son las bases sobre las que se asienta.

Tal desigualdad remite a la lógica misma del capitalismo. En una dinámica social en la cual las personas deben venderse para obtener ingresos que les permitan satisfacer sus necesidades y donde el “precio del trabajo” —el reconocido, que es el salario, ya que el “real” se encuentra invisibilizado y ha sido conceptualizado como plusvalía (Marx)— garantiza la reproducción inmediata de la vida —es decir, las necesidades básicas, y aun ni siquiera ellas—, se hace evidente que las formas y los sentidos del acceso a los satisfactores está mediatizado, en mayor medida, por la disponibilidad de “valor de cambio” que les permita obtenerlos.

A su vez, y profundizando la desigualdad, los bienes y servicios que se producen no tienen por fin la reproducción de la vida, sino la acumulación de capital, por lo tanto, hay una inversión entre medios y fines: los satisfactores de las necesidades transforman a las personas en medios —a través del consumo— para lograr su fin, que es la maximización de la ganancia.

Con esto quiero significar que no sólo el trabajo desarrollado por las personas no es remunerado en su totalidad, sino que lo que se percibe por él en calidad de salario se orienta a satisfacer una serie de necesidades que son “creadas” con el fin de incrementar las ventas de los múltiples bienes-satisfactores que les dan —real o ficticiamente— respuesta.

Ahora bien, por otra parte, entiendo que no todo es alienación, sino que en ese proceso de reconocimiento del sistema de necesidades y la búsqueda de “su ampliación” emergen las “necesidades radicales” (Heller, A., 1994)¹.

En ese escenario tensionado por fuerzas contradictorias es que intento abordar la lógica a partir de la cual los sujetos trazan acciones para garantizar la continuidad de su existencia. En qué medida y de qué forma lo logran, es algo posible de ser pensado en relación con las necesidades y las formas de su satisfacción.

La discusión en torno a la sobrevivencia y la reproducción social

Asumo que la producción conceptual sobre este tema no puede escindirse de las necesidades y la búsqueda de su satisfacción; y considero un ejercicio central intentar recuperar las discusiones teóricas en torno a estas categorías, dado que su tematización es la que permite desnaturalizar, en el plano del pensamiento, los supuestos subyacentes a su conceptualización, así como, en el plano empírico, las situaciones de desigualdad social e inaccessión a las condiciones necesarias —y suficientes— para la continuidad de la vida de grandes sectores poblacionales.

¹ Este tema es objeto de reflexión en el artículo que dará continuidad al presente.

Larga es la producción en una trayectoria de cinco décadas del concepto de estrategias de sobrevivencia, que se pone en tensión con el de estrategias de reproducción social, dado que éste remite a las formas diferenciales en que la reproducción ocurre, posicionándose desde aquella corriente teórica que recupera la desigualdad como principio constituyente/constitutivo de nuestra sociedad y por la cual surgen tales acciones.

Los sujetos inmersos en ese contexto de desigualdad presentan dificultades para dar respuesta a la satisfacción de sus necesidades, ya que esta posibilidad les ha sido expropiada por un modelo específico de producción, distribución y acceso a bienes materiales y simbólicos; instancias de suma relevancia para recuperar la centralidad del trabajo y la capacidad productiva que se pone en acción con el objeto de garantizar la satisfacción de necesidades y que no es explicitada por los sujetos que la desarrollan ni por las instancias de decisión política.

Ello sucede, por un lado, por el vaciamiento de contenido que el concepto de trabajo ha sufrido al ser reducido a un factor de producción, y por el otro, por la parcelización de las formas de enunciar y establecer mecanismos para la definición, enunciación y resolución de las necesidades.

Es en este sentido que sostengo que todos los sujetos —por la tensión que se produce entre la necesidad y el satisfactor que le da respuesta— desarrollamos estrategias de reproducción social; lo que varía es tanto el cúmulo de opciones existentes como la eficacia —tanto en calidad como cantidad y prontitud— de acceder al bien-satisfactor.

Para el caso de las situaciones en las cuales la búsqueda-acceso al bien satisfactor están condicionadas fuertemente por un contexto de desigualdad y vulnerabilidad, considero útil hablar de estrategias de sobrevivencia, en tanto hacen referencia a la satisfacción “mínima” de “necesidades “mínimas”; pero en todo caso son una fracción de las primeras. La distinción es útil en tanto cristaliza la situación de desigualdad en la que la estrategia —o conjunto de ellas— se desarrolla.

Vertientes de conceptualización de las estrategias de sobrevivencia/reproducción social

Considero una exigencia científica y ética hacer un racconto de las perspectivas existentes en torno al tema y su referencia —o no— a la perspectiva de género.

En América Latina, el concepto se “pone de moda” a partir de mediados de los años sesenta del siglo XX. Durante los años setenta y ochenta, algunos autores pretenden ubicarla como una categoría mediadora entre las dimensiones micro y macro de la vida social.

Mientras que en los sesenta estuvo vinculada a una visión de la pobreza entendida como marginalidad, en la década de los noventa lo está a una idea micro, la de poner en marcha las diferentes capacidades de las personas para lograr lo que valoran realizar —postura a la cual subyace el desarrollo de Sen, 2000—, que va a ser asociado al concepto de capital social bancomundialista (Hintze, S., 2004), también llamado “activo de los pobres”², es decir, el trabajo.

A su vez, algunos autores revaloran la mediación del concepto entre lo singular y lo universal a partir de la detección del “síndrome princesa salva a príncipe” (Zarembeg, G., 2005): un cambio del rol de la mujer en el contexto familiar que superpone viejas funciones y divisiones del trabajo con nuevas distribuciones de papeles y expectativas.

Si bien esto introduce la perspectiva de género —y, por tanto, supone un avance— en las prácticas desarrolladas para satisfacer necesidades, lo

² En los años noventa se coloca en el centro del debate sobre la pobreza y la desigualdad social un concepto antiguo para la teoría económica neoclásica, pero con nuevas interpretaciones y alcances: los Activos, que se entronca con el de capital social —extrapolado desde las ciencias sociales al discurso del desarrollo— y definen aquellas relaciones e instituciones informales basadas en lógicas no mercantiles. El “enfoque de activos” de las políticas sociales supone la generación y distribución de “riqueza” entre las personas más pobres de la sociedad, a partir de su activo central: el trabajo. También se dice que éste es ‘el capital social’ de los pobres. Para una ampliación de esto, ver Cristóbal Navarro Marshall (2008), *La acumulación originaria de la Economía del Trabajo. Elementos para un debate necesario, tesis de maestría en Economía Social*, Buenos Aires, UNGS, mimeo.

asocia a la cuestión de las expectativas, lo que considero que presupone un doble riesgo. Por un lado, invisibiliza que los papeles, las expectativas, los roles, etcétera, son asumidos y atribuidos en una dinámica desigual según las variables de clase y género.

Por el otro, hace una ligazón analítica con la dimensión simbólica —las expectativas sobre los papeles— desvinculada o hipostasiada por sobre la interacción entre esta dimensión y la materialidad de la vida, escindiéndolas y paralizando tal dinámica en la conformación del universo de sentidos de los sujetos.

Aquellas posturas remiten a dos conceptualizaciones —correspondientes con los dos periodos históricos enunciados— de la pobreza: en la primera etapa se vinculaba con la marginalidad y a las diferentes interacciones de ésta con los procesos macroeconómicos sociales de los países latinoamericanos, una visión de tipo estructuralista —macro—, cuyo argumento central tiene que ver con que la pobreza es el resultado social de las limitaciones para el desarrollo.

Dentro de esta perspectiva, es posible visualizar dos vertientes: una de acepción marxista, en la que el centro del análisis remite a los procesos de dependencia y la manera en que éstos generaban desigualdades intra e internacionales en la región. El concepto clave para comprender eso fue el de “deterioro *de los términos de intercambio*” (Prebish, 1981) y posteriormente el de “heterogeneidad estructural” aportado por la teoría de la dependencia (Gunder, F., 1992; Cardozo y Faletto, 1975).

La otra vertiente puso énfasis en la exclusión del proceso de modernización de ciertos sectores, lo cual materializaba patrones, conductas, valores, etcétera, determinados, que permitían el desarrollo de “mecanismos de supervivencia” (Adler, L., 1975), caracterizado por las redes de intercambio recíproco a partir de las agrupaciones por parentesco y vecindad.

En los noventa emerge la segunda conceptualización a la que hacía referencia, cuyo centro es la materialización de la exacerbación del utilitarismo —la racionalidad instrumental—, propia de la teoría neoclásica y el individualismo metodológico a partir de los cuales se

definieron políticas públicas —ejecutadas por organismos públicos, estatales y no estatales—, que debían estar centradas en las preferencias, habilidades y oportunidades de las personas cuyas transacciones llegarían a puntos de equilibrio en el mercado.

Lo anterior implica un traspaso de lógicas de definición y funcionamiento: de un enfoque centrado en la oferta estatal a otro centrado en la demanda individual. En esta segunda etapa las estrategias aparecen ligadas a lo micro, a las capacidades de las personas; de allí la preponderancia de visiones que sostienen que la pobreza es un problema individual, el concepto de capital social acuñado por Putnam (1993), o de activos de los pobres y la idea bancomundialista del *empowerment*, sobre todo de las mujeres.

En los sesenta, entonces, en un contexto de dictaduras, crisis económica y del rol del Estado interventor, así como de fuerte ebullición política, emerge el concepto de estrategias de supervivencia; y a pesar de que nunca llega a constituirse en un cuerpo teórico acabado, los investigadores sociales empiezan a preguntarse por las acciones que implementaban las unidades domésticas de los sectores populares para enfrentar estas situaciones de profundas crisis, indagando cómo se desplegaban las prácticas de los miembros de las familias pobres al tiempo que analizaban cómo reproducían una “formación social” determinada. El supuesto subyacente a esta cuestión es que se hacía hincapié en los pobres y no en los mecanismos —estructurales— que les daban existencia (Hintze, S., 2004).

En el trabajo pionero de Joaquín Duque y Ernesto Pastrana (1973), la categoría aparece vinculada a las formas de supervivencia de sectores pobres en Santiago de Chile para una situación específica: los ocupantes de terrenos urbanos.

A partir de esta situación particular, los autores analizaron las conexiones con el contexto económico al encontrar que había estrategias de subsistencia económica que asumían un reordenamiento de funciones en el interior de las familias a partir de la participación económica de todos —o la mayoría de sus miembros— de forma permanente o eventual, para hacer frente a las “exigencias” de la reproducción.

Considero que esta idea marca, de forma incipiente, el supuesto de que las personas de las unidades domésticas de los sectores populares necesitan desplegar sus capacidades productivas, es decir, hacer efectivo su “fondo de trabajo” (Coraggio, J., 2004) con el fin de acceder a bienes-satisfactores —sea produciéndolos o adquiriéndolos por medio de algún tipo de intercambio, mercantil o no—, demostrando que ese despliegue es efectivo, aunque no el acceso a los bienes necesarios para la reproducción de la vida.

Con base en estas premisas, es posible reconocer cuatro vertientes en el abordaje del tema, las fuentes principales de su tratamiento en la producción teórica latinoamericana:

a. La corriente sociodemográfica, que se configura estrechamente vinculada con la reunión del PISPAL (Programa de Investigaciones sobre Población en América Latina) en México en el año 1978, donde confluyen varios demógrafos latinoamericanos preocupados por comprender cómo sobreviven los sectores sociales más empobrecidos y marginados de las grandes ciudades.

Allí el concepto es redefinido y la temática pasa a ser una línea prioritaria de investigación —generando una mayor convocatoria dadas las posibilidades de financiamiento—, a la vez que engloba tanto los comportamientos relacionados con la reproducción material como biológica de la vida. Uno de sus representantes, Omar Argüello, las define como

Un proceso social particular compuesto de un conjunto de factores estructurales, de sus representaciones y de comportamientos de un grupo social que soporta la institucionalización de un sistema de desigualdades sociales derivadas de un determinado estilo de desarrollo. (...) Sin embargo, el conjunto de este proceso está orientado por una estrategia de obtener los recursos para satisfacer las necesidades consideradas socialmente como básicas y adecuadas a la preservación de la dignidad humana (1980: 4).

La cuestión central se enmarca en la interrogante: ¿a qué responden las estrategias de sobrevivencia por parte de los sectores sociales

urbanos más empobrecidos? Para abordarla se discute la correlación de las estrategias en la intersección entre el estilo y las políticas de desarrollo con la reproducción de los sectores populares —empleados o potencialmente empleables— y el contexto macrosocial.

Esta ampliación hace que las estrategias intenten ligarse a la reproducción de los sujetos que viven/necesitan vivir del trabajo, priorizándose la cuestión demográfica.

En esta línea adquieren relevancia los trabajos de Susana Torrado (1981), quien estudia diversos procesos —procreación, el ciclo de vida familiar, la división del trabajo familiar, la organización del consumo familiar, la cooperación extrafamiliar, la migración laboral— con el fin de vincular la reproducción material y la biológica, demostrando la relación de las esferas de producción, reproducción social y económica.

b. La corriente sociológico-antropológica se centra en los estudios en los cuales las estrategias son desarrolladas por los sujetos en comunidades específicas. Los pensadores enmarcados en este grupo superaron la dificultad que la corriente anterior encontró para definir dichas estrategias en función de la reproducción de los sujetos sociales, al contextualizar el concepto en el marco de una comunidad particular —en general sobre comunidades aborígenes ligadas a la producción agrícola—.

En este sentido, las estrategias se mueven en el eje conformado por la tierra y el mercado. Su referente empírico es la comunidad andina y la hipótesis que sostienen los referentes de esta corriente atañe al principio que regula las estrategias campesinas para sobrevivir enmarcado por la tierra y el conjunto de relaciones socioproductivas y culturales que se dan en torno a ella.

Después de analizar cómo ocurre esto, concluyen que las estrategias se encuentran organizadas de acuerdo con una racionalidad productiva y socioeconómica, la que planifica un mayor rendimiento de su fuerza de trabajo y una continua evaluación de él. Mientras se mantiene la relación con la tierra, la familia permanece como núcleo productivo con diferente grado de importancia para la reproducción de la familia campesina y en torno a él se desarrollan las acciones de sobrevivencia.

Esta vertiente retoma el concepto de estrategias de reproducción social formulado por Pierre Bourdieu (1999) a partir del de familia “cronológicamente ampliada”, constituida por la agregación progresiva de uno o más núcleos familiares al tronco común. Las fases por las que pasa en su ciclo vital la familia ampliada son momentos de la reproducción social, y por ellas transitan los miembros de la unidad en el interior de la comunidad, concluyendo que esta manera de organizar la familia es un mecanismo de equilibrio demográfico. Bourdieu define las estrategias desde una perspectiva que supera tanto el objetivismo como el estructuralismo determinante:

es el producto del sentido práctico, como sentido del juego, de un juego social particular, históricamente definido. Esto supone una invención permanente, pero esa libertad de invención, de improvisación, que permite producir la infinidad de jugadas hechas posibles por el juego (como en el ajedrez) tiene los mismos límites que el juego... (1988: 70).

Se trata de mostrar cómo los procesos de diferenciación demográfica y social son distintos en su significado sociológico. Mientras que la diferenciación demográfica es un proceso cíclico de reproducción social del grupo doméstico, la diferenciación social rompe con dicho ciclo, “llevando a una movilidad ascendente por acumulación de recursos y descendente por pérdida de tierras” (Espín, J., 2002: 5); de esta manera, el proceso de esta última permite la comprensión de la comunidad específica estratificada.

Un aporte de suma relevancia de esta corriente es señalar el rol preponderante de la mujer en el proceso de reestructuración de la unidad familiar bajo el sistema capitalista dominante.

c. La corriente antropológica reúne a varios autores que recogen los aportes hechos por los antecesores sobre el análisis de la unidad familiar y el desarrollo del ciclo vital familiar. Dos autores se consideran especialmente representativos en lo que se refiere a la conceptualización de la reproducción social y su correlación con el área de la producción: Andrés Guerrero (1984) y Claude Meillassoux (1977), los dos pertenecientes a la tradición marxista.

Ambos definen las estrategias como comportamientos sociales y

demográficos de las unidades familiares que responden a situaciones concretas de acuerdo a su posición en la división social del trabajo. Aquéllas están orientadas a asegurar la reproducción social de dichas unidades y de la sociedad misma.

Podría decirse que para esta corriente las estrategias de sobrevivencia son una función de las estrategias de reproducción social, es decir, que han de explicarse en función de éstas.

Retoman la conceptualización de Pierre Bourdieu (1999) sobre estrategias de reproducción, y las definen como

prácticas tendientes a la reproducción de la formación social tanto material como biológica; (...) en el marco de las cuales efectúan las actividades productivas. Dichas prácticas (...) tienden (consciente o inconscientemente) a mantener o mejorar su posición en la estructura social, sea ésta de clase o no, y al hacerlo, reproducen a su vez la estructura social (Guerrero, A., 1984: 218).

Con ese sentido, las estrategias de reproducción cobran sentido en relación con la estructura social global. La reproducción social tiene que ver con las condiciones socioeconómicas que posibilitan la incorporación de los miembros de los grupos domésticos como fuerza de trabajo a sus propias unidades de producción, o en el sector productivo o comercial a partir de dos variables que configuran estas condiciones: la edad y el sexo.

Tanto Meillassoux como Andrés Guerrero tienen el mérito de haber puesto en relación directa el ámbito de la producción y el de la reproducción con el fin de hacer más comprensivas las estrategias de sobrevivencia —lo singular— y de reproducción social —lo general—, respectivamente. La correlación entre los dos ámbitos es un juego de fuerzas donde se consolida uno u otro, dependiendo de la situación y de las condiciones concretas en que se encuentran los sujetos sociales.

Así, por ejemplo, bajo el sistema hacendatario, según el estudio hecho por Andrés Guerrero (1984), la producción tiende a controlar la reproducción doméstica entre los peones y esto supone que las estrategias

de sobrevivencia son cruciales en la explicación de lo que ocurre en el ámbito de la reproducción social. Para explicar estas situaciones en un contexto donde se pasa del dominio hacendatario cerrado al mercado capitalista, el autor hace referencia a los conceptos de diferenciación demográfica y de diferenciación social, y a su estrecha vinculación con el argumento principal de las estrategias campesinas.

La diferenciación demográfica está más ligada a las estrategias de reproducción social. La diferenciación social, en cambio, tiene más que ver con las estrategias de sobrevivencia distintivas —y distinguibles— entre unidades domésticas con acceso —también diferencial— a subsistemas y ámbitos de pertenencia, es decir, que cambian de acuerdo a la posición del estrato al que dichas unidades pertenecen.

Los criterios de acumulación de recursos o la pérdida progresiva de ellos, la demanda de fuerza de trabajo en la zona de residencia y, sobre todo, el criterio de diversificación de roles económicos dentro de las unidades domésticas extensas, son relevantes para trazar el “mapa” de estrategias desarrolladas.

La diferenciación demográfica guarda relación con las fases del ciclo vital por las que atraviesan en el tiempo las unidades familiares. Por lo mismo, está estrechamente ligada con el proceso de reproducción social, aspecto bastante desarrollado posteriormente por María del Carmen Feijoo e Hilda Herzer (1991).

Esta corriente va a dar lugar a las revisiones conceptuales en torno a la génesis de los sectores pobres y los procesos diferenciales en las formas de reproducción, al partir de un anclaje de los sujetos en una estructura social con relaciones sociales específicas.

d. La corriente de pobreza y género es una línea de producción teórica que sostiene que la noción de estrategias de sobrevivencia está en íntima relación con los estudios de la mujer, centrando su estudio en las formas de reproducción social, a partir de la acentuación de dos aspectos:

—una mirada de género, ya que la reproducción social es, en función de la desigualdad de género, una actividad “por excelencia” femenina.

—el estudio de la pobreza, ya que los obstáculos y las posibilidades para lograr la reproducción son diferentes según el sector social al cual se pertenezca.

Sostienen que en los inicios de la utilización del concepto de estrategias de sobrevivencia se pretendía ligar —en forma cuasi mecánica— el análisis microsocioal de la población con los grandes cambios en materia de política económica; y por ello se arraigó la idea de que para sobrevivir hay que tener un plan maestro.

Si bien es cierto que en las investigaciones realizadas, esto permitió avanzar en algunas explicaciones de cómo frente a los grandes cambios operaban los márgenes de maniobra de los sujetos, no pudo avanzarse en la consolidación teórica del término, pero ante la acumulación de estudios en esa línea, donde el presupuesto a priori era que todos los pobres por definición tienen estrategias y sobreviven (Hintze, S., 2004), se hizo evidente la necesidad de definir quiénes desarrollan actividades de sobrevivencia y quiénes no.

Susana Torrado (1981) señala la inoperancia de esta distinción, dado que todo sujeto debe trazar acciones para garantizar la continuidad de su vida, independientemente del sector social al cual pertenezca, frente a lo cual propuso el término ‘estrategias familiares de vida’, recuperando el rol central de la mujer en su realización.

Las estrategias familiares de vida se refieren al “conjunto de comportamientos a través de los cuales las unidades familiares o domésticas tratan de optimizar sus condiciones de vida, dadas ciertas determinaciones estructurales (condición socioeconómica) y coyunturales (políticas públicas)” (Torrado, S., 1983: 3). El estudio de las mismas debía relacionarse con los estilos de desarrollo entendidos como “estrategias de acción, esencialmente públicas que —siendo políticamente dominantes en una sociedad concreta— se relacionan con los factores fundamentales del desarrollo económico y social” (Torrado, S., 1983: 3).

Desde este punto de vista, las unidades familiares se transformaron en una categoría de análisis que relacionaba lo estructural con las decisiones y relaciones de los sujetos que la componían, en el nivel microsocioal. Bajo

un acuerdo básico acerca de que la familia consistía en el lugar donde se llevaban a cabo los procesos de reproducción cotidiana y generacional, se generaron sin embargo diversas discusiones en torno al concepto mismo de familia (Borsotti, C., 1978; Argüello, 1981; Feijoo, M. y S., Ramos, 1982; Jelin, E., 1984).

Los dos ejes principales de estas discusiones tienen que ver con, por un lado, la autonomía relativa de las acciones implementadas en la unidad familiar con respecto al contexto, lo que supone que éste no opera de forma determinante —sino condicionante— y, por otro lado, sobre las definiciones demasiado formales de “la familia” dado que, en primer lugar, se observaba la importancia de las redes de parentesco extensas y de vecindad y, en segundo lugar, debido a la configuración de prácticas y sentidos otorgados a los roles prototípicamente femeninos y masculinos en nuestra sociedad, estas acciones en el interior de las familias son desarrolladas sobre todo por mujeres.

En este sentido, algunas autoras afirman que el concepto ofrece importantes contribuciones al análisis de género (Feijoo, M., e H. Herzer, 1981, Zarembeg, G., 2005, Morales, L., 2001). En primer lugar, porque al poner el énfasis en las unidades familiares hace posible visibilizar una serie de cuestiones que están opacadas. Al enfocar la familia como unidad de recursos, se revalora la producción y el trabajo doméstico llevado a cabo en su mayoría por mujeres (Feijoo, M. y S., Ramos 1982), permitiendo observar la importancia del trabajo femenino en el mercado de trabajo para garantizar la reproducción de la unidad doméstica que esas mujeres conforman.

Por otra parte, se hace explícita la desigualdad de género respecto de la toma de decisiones referidas a la fecundidad, el cuidado de la salud e inaccesso diferencial entre niños y niñas a la educación, salud y alimentación. Finalmente, al ampliar el estudio de las familias a las redes comunitario/barriales, toma forma un papel fundamental —aunque silencioso— de las mujeres en la creación y sostenimiento de las mismas.

Cabe mencionar que, a pesar de ello, los estudios orientados hacia los más pobres —bajo el presupuesto de que ellos si desarrollaran

acciones para sobrevivir— siguieron —siguen— siendo la constante, ante lo cual el término ‘estrategias de sobrevivencia’ sigue apareciendo como un vocablo unívoco, “casi todo como contenido, y por tanto, casi nada como concepto” (Palma, D., 1984: 3), y al intentar teorizar sobre él se diluye y aparecen otros conceptos más sólidos que lo absorben. Tal como sucede, desde mi perspectiva, con los conceptos de reproducción social y necesidades.

Estrategias de reproducción y restricciones contextuales

El concepto de estrategias de reproducción social aparece y reaparece, entonces, en las formulaciones de las ciencias sociales porque se configura como una categoría mediadora entre la universalidad social y la singularidad de los sujetos, tanto opacando como invisibilizando procesos de desigualdad social y los mecanismos que la producen.

Susana Hintze (2004; 144 y ss.) sostiene que es en las décadas de los cincuenta y sesenta cuando se vuelve académico el interés por el cambio social, el cual transita de la preocupación por las formas —y contenidos— de la reproducción del capitalismo en tanto sistema general hacia los grandes grupos poblacionales en condiciones de “marginalidad” —concepto que aparece en este periodo—³, en particular.

Así, surge la pregunta por la sobrevivencia, que se limita al estudio de estos sectores “excluidos” y “subordinados”, cuyo gran problema —conceptual y político— es que se asumía de forma natural, no explicitada, un consenso sobre el no abordaje de los mecanismos que construyen estas sociedades “duales” en esta dimensión. Para estudiar esta población “marginal”, parecía suficiente que “estén ahí” y logren sobrevivir sin tanto ruido y en apariencia sin conflictos por ello (Hintze, S., 2004).

Se constituyen, como he enumerado, diversas denominaciones para estas acciones de los pobres a través de las cuales garantizan su reproducción.

³ Estudios pioneros en este campo son los realizados en la década de los sesenta por Oscar Lewis (1982) y Larissa Adler de Lomnitz (1975) en barrios pobres de la Ciudad de México.

A principios de la década de los ochenta es Susana Torrado, en Argentina, quien propone desligarse de la focalización de estas acciones en los más pobres, dado que es toda la sociedad quien emplea estrategias, solo que éstas adquieren particularidad a partir de la inserción de clase de quienes las desarrollan; línea de pensamiento que también va a retomar Carlos Borsotti (1981).

En Ecuador, Álvaro Saenz y Jorge Di Paula (1981) las van a denominar ‘estrategias de existencia’ para hacer referencia a las actividades realizadas por los sectores populares, categoría que incluye también a los estratos medios, para alcanzar su reproducción ampliada. Nuevamente aparece la referencia a la reproducción diferencial según las clases sociales y, por ende, a un sector de ellas: la reproducción de los sujetos que viven/necesitan vivir del trabajo.

En 1987, Susana Hintze propone el uso del término ‘estrategias de reproducción’ para dar cuenta de la relación que existe entre la reproducción biológica y social de los sectores populares y el conjunto de la sociedad, dado que el presupuesto básico es que las formas de reproducción de los pobres generan modificaciones en el funcionamiento integrado de la sociedad, no sólo en términos económicos y/o sociales, sino también, y fundamentalmente, políticos.

En síntesis, las estrategias de reproducción remiten a las acciones realizadas de formas más o menos explicitadas por los sujetos de sectores populares con el fin de satisfacer sus necesidades. En ese sentido, la unidad familiar va a estar conformando, generando y seleccionando alternativas para alcanzar sus fines reproductivos a través de la posibilidad de combinar las posibilidades que están a su alcance.

Estas acciones se desarrollan en condiciones sociales que enmarcan las posibilidades y consecuencias de sus actos (Przeworski, A., 1982).

Desde esta línea es relevante el aporte del concepto, dado que opera como mediador entre las elecciones individuales, las singulares y la estructura social, donde las dimensiones espacio-temporal y material-simbólica se tensionan en un complejo entramado que da existencia al despliegue de determinadas acciones por parte de sujetos —individuales o colectivos—.

Estrategias de reproducción en un contexto de lucha por la existencia

Estas acciones desarrolladas para garantizar la existencia —o intentar hacerlo— pueden reforzar una situación de vulnerabilidad, pero también —simultáneamente— posibilitan el surgimiento de instancias —con diversos niveles de explicitación y organización social— para hacer frente a la crisis, que implican un abanico de opciones que abarca desde la adaptación hasta el intento y la factibilidad de modificar los mecanismos que la producen.

Es relevante no interpretar la direccionalidad de las acciones de los sujetos en forma unilateral, ni hacia el extremo en el que todos desarrollan acciones colectivas “emancipadoras”, ni hacia su opuesto, la idea de que todos son “aplastados” por la estructura social, y es en este punto donde cabe enunciar dos premisas para aportar a la solidez del concepto: que la estructura social es condicionante, no determinante de las acciones desarrolladas por los sujetos; que las estrategias de reproducción moderan las crisis, pero no las superan.

Éstas remiten entonces a una multiplicidad de factores que se articulan y modifican permanentemente, y cuya posibilidad de explicitación y visibilización es diferencial en función de su realización de forma individual —profundizando los mecanismos de individualización de la pobreza— o colectiva, es decir, enmarcando dichas acciones en la arena política, en la posibilidad de construir procesos de emancipación y ampliación del sistema de necesidades y las formas de su satisfacción.

Partiendo entonces del supuesto que todos los sujetos sociales se encuentran atravesados por una tensión entre las necesidades y las formas de satisfacerlas, y que ello es diferencial no solo según el lugar ocupado en la división sociotécnica del trabajo, sino también del género —aunque no solamente, pues para complejizar podría incluir la edad, etnia, religión, etcétera—, es que he enfatizado la caracterización de tales acciones en aquellos sujetos que viven/necesitan vivir del trabajo.

En esta línea de pensamiento, las formas de dar respuesta al intento de superar tal tensión serán relevantes tanto si son reconocidas como

tales o no por parte de los sujetos, porque es en el marco de la vida cotidiana que las necesidades —histórica y socialmente objetivadas y subjetivamente sentidas— ponen en juego la creatividad de los sujetos que las portan, generando “cursos de acción” (Aguirre, P., 2005) para intentar satisfacerlas.

Esta creatividad es puesta en marcha en muchos casos de forma no explicitada, no reconocida, sino naturalizada. Y esto es así porque la tensión entre necesidad-satisfacción (Massa, L., 2009) ha sido incorporada como algo natural, vaciándola de su estatus social, invisibilizando las relaciones sociales que la producen.

Son acciones que forman parte del saber cotidiano (Heller, A., 1994; Rozas, M., 1998), de ese saber articulado en torno a la aprehensión de la realidad social como un continuo, otorgando relevancia a determinados hechos y a otros no. Es por ello que este saber refiere a los procesos de aprendizaje que les permiten a los sujetos otorgarle una direccionalidad a su práctica; es un saber pragmático, ya que adquiere significación en tanto está dirigido a la resolución de problemas cotidianos —la satisfacción de necesidades básicas de reproducción, material y simbólica—, que no son garantizados ni por el modo actual de producción ni por las políticas sociales que este modelo implementa.

Es en ese sentido, y en función de lo presentado hasta aquí, que las estrategias desarrolladas en situación de vulnerabilidad social —decídase llamarlas de existencia, supervivencia, sobrevivencia, de vida o reproducción social— son la expresión de la desigualdad social constitutiva de las sociedades capitalistas en general y las propias de los países subdesarrollados en particular.

Estas acciones dan cuenta de un entramado social relacional complejo, donde las condiciones sociales enmarcan las posibilidades y consecuencias de las mismas, independiente de la “conciencia” o “voluntad” de quienes las ejecutan o intentan hacerlo. Opera, en todos sus sentidos, como una mediación entre las elecciones individuales, las singulares y la estructura social.

Estas dimensiones —sólo posibles de ser distinguidas en términos

analíticos, dado que unas y otras se configuran, condicionan y modifican mutuamente— son una totalidad que constituye el universo de sentidos, las posibilidades de interpretación-acción del/en el mundo, dado que “las prácticas de los sujetos presuponen esos marcos de significados constituidos en el proceso de la vida social” (Guber: 2004; 74): procesos de apropiación y explicación que remiten a un saber compartido, pero distribuido y aplicado de forma desigual, y ello forma parte de las restricciones contextuales a las que me referí precedentemente.

Esta desigualdad va a configurar no sólo formas de ver sino también de hacer el mundo, construyendo subjetividades que, en relación con factores de diversa índole —culturales, sociales, políticos, religiosos, étnicos, de género, etcétera—, van a optar por determinadas formas de satisfacer necesidades y no por otras —formas individuales, colectivas, con redistribución de roles y tareas en el interior de la unidad doméstica, o no, explicitando o no la no naturalidad de la situación de pobreza, etcétera—, diversidad que va a estar configurando el sentido y el horizonte de tales acciones.

Defino las estrategias como la puesta en práctica, por parte de las unidades domésticas —de manera diferencial por los miembros que la componen—, de mecanismos de reproducción particulares, según los recursos materiales de que disponen y el tipo e intensidad de las condiciones estructurales en las que viven y se desenvuelven.

Estas estrategias pueden asumir, al mismo tiempo, formas y matices diferentes, según el tamaño y la dinámica demográfica de los grupos familiares en que se basa la unidad reproductiva.

Torrado (1981, 1999) sostiene que las presiones por la reproducción se derivan de las condiciones de vida a las que se ven sometidas las unidades familiares y que se desprenden de su pertenencia de clase, desarrollando éstas, deliberadamente o no, determinados comportamientos encaminados a asegurar la reproducción material y biológica del grupo. Son mecanismos que buscan amortiguar los efectos de las sucesivas crisis económicas que se han producido —y profundizado— durante las últimas.

El estudio de la participación económica familiar desde el punto de vista de las estrategias se hace aún más atractivo al partir del supuesto de que el comportamiento de los sujetos y de las unidades domésticas no está totalmente determinado por las estructuras, lo que supone la existencia de un margen de acción frente a condiciones adversas.

Sostengo, por tanto, que todo sujeto desarrolla acciones para asegurar su umbral de existencia y que la forma de sostenerlo/garantizarlo es diferencial en función de las posibilidades y limitaciones de su contexto socioeconómico, las relaciones de fuerza, su experiencia y su saber personal.

Por otro lado, considero pertinente discutir la idea que refiere a pensar esas acciones como “familiares”, ya que la familia no es un ámbito homogéneo. En su interior también operan mecanismos de interpretación y reproducción de lo social de forma divergente y desigual entre sus miembros (Jelin, E., 1994).

Es a través del estudio de estas estrategias que intento reflexionar acerca de los procesos de distribución de bienes materiales y no materiales sin cuya obtención no sería posible la vida humana, y es en ese sentido que he hecho referencia al umbral de existencia.

Tales estrategias encierran un despliegue de creatividad, actitudes y movilización en relación a los recursos y al contexto en que se insertan los sujetos —individuales y colectivos— y que están destinadas a manifestar la resolución de una necesidad, de modo tal que puede decirse que “una estrategia de sobrevivencia/reproducción es equiparable a aquel aspecto de la necesidad que encierra la potencialidad para la acción, pero que ha dejado de ser potencialidad para materializarse en una actividad o conjunto de ellas” (Massa, L., 2004: 23).

Son aquellas acciones orientadas a garantizar la satisfacción de necesidades. Y en ese sentido generalmente tendrán poco de “planificación” explícitamente realizada. Lo anterior no supone una irracionalidad *per se*. Son limitadas dado que se desarrollan en situaciones de desigualdad social. Su racionalidad, su deliberación dependen de factores que exceden el “deseo” o la “conciencia” de dar

respuesta a las situaciones de necesidad, dado que ésta ha sido vedada por la naturalización de múltiples aspectos de esta situación de desigualdad; tal multiplicidad remite fundamentalmente a la naturalización de la vida social, la parcialización de los problemas en tanto son desarraigados de las relaciones sociales que los producen y la aparente individualización de las necesidades que hace suponer que su satisfacción es un problema de cada persona.

El margen “de elección”, esto es, las posibilidades de invención de procedimientos encadenados para satisfacer necesidades, opera bajo la presión de la desigualdad —que por otro lado es diferencial—. Por otra parte, es posible que esa elección la refuerce, ya que las estrategias encierran un componente adaptativo, aunque debe hacerse visible que de manera opuesta y simultánea puede transformar las condiciones de existencia.

Las estrategias de reproducción son prácticas y nociones que se concretan en acciones posibles en función del contexto, es decir, son alternativas limitadas que a la vez se evidencian en los resultados, en la obtención de bienes, en su acceso. Y en ese sentido, no constituyen “arreglos coyunturales para salir de la crisis puntual, sino que son precisamente el esquema subyacente con que se los afronta” (Argüello, O., 1981), ya que...

los individuos, las familias, las comunidades de los sectores populares, han venido desplegando conductas de adaptación al cambio de contexto económico y político que aparentemente han permitido su supervivencia (si no se contabilizan las tasas regresivas de mortalidad y la degradación cualitativa en las condiciones de vida) (Coraggio, J., 1993; 11).

Las prácticas de consumo

El consumo materializa las relaciones sociales y lo que éstas generan: formas de producción, disponibilidad, distribución y acceso a diversos bienes que configuran modos, tendencias y percepciones acerca de lo que se consume —o lo que no—.

No se consume lo que se quiere ni lo que se sabe, sino lo que se

puede. Y ese poder está determinado tanto por las condiciones materiales que caracterizan la cotidianeidad —lo que permite o no tal o cual acceso a bienes y servicios—, como por las representaciones en torno a eso.

Con esto quiero significar que nadie se va a esforzar por obtener algo que no concibe “necesario”, por eso, acuerdo con Patricia Aguirre (2005; 16) en que “hablar de acceso implica hacer referencia al acceso material y simbólico. Y ambos se construyen mutuamente en una dinámica recíproca que a la vez los va transformando”.

Lo que se puede consumir —el acceso—, lo que se hace para consumir —las estrategias— y lo que se sabe sobre ello y su utilidad —las representaciones—, es lo que constituye sentidos, causas y principios de incorporación que justifican la elección de determinados bienes de consumo y de determinados rubros más que de otros— aun en contextos de suma privación—. Y ello está signado por una racionalidad explícita en niveles diferenciales, pero en todo caso aun más diferencial en función del nivel de ingresos, lo que se ancla en esta transición de “ciudadanos a consumidores” (García Canclini, N., 1995) y en el ideario de que ser es sinónimo de tener/acceder.

Los sujetos, en función de los ingresos y las configuraciones sobre el consumo, tienen una racionalidad que los orienta, lo que no implica una misma ni única racionalidad.

El acceso se manifiesta tanto a nivel general de la sociedad como del espacio singular, y por tanto es la expresión mediadora entre lo general y lo singular de las estrategias. En el primer nivel, las vías de acceso son el mercado, a partir de la capacidad de compra de la población —que, como se ha expresado, está atravesada por la desigualdad— y del Estado por medio de las políticas sociales cada vez más focalizadas, segmentadas y selectivas. En lo singular, su expresión está dada por las estrategias de consumo de las unidades domésticas.

Estas estrategias de reproducción pueden moderar las crisis pero no pueden superarlas, lo cual se manifiesta de diversas maneras (Massa, L., 2009):

—En lo alimentario, como malnutrición, desnutrición y obesidad, materializando lo que se denomina el “hambre oculta” (Aguirre, P., 2005) de nuestra sociedad.

—En la vestimenta, como insuficiencia de indumentaria, al punto de obstaculizar el acceso a la escuela por la indisponibilidad de ropa, zapatillas, etcétera.

—En la salud, con visitas a instituciones sanitarias del sector público en casos de síntomas agudos de enfermedad, con el fin de conseguir un medicamento o como estrategia para continuar con el beneficio de algún programa social que prevé esto como requisito, lo que a su vez es una forma de diversificar los ingresos de la unidad doméstica y de volverse un “usuario múltiple de los sistemas de salud” (Minujin, 1995).

—En la recreación es tal la invisibilización de su importancia, dada la urgencia de garantizar “la materialidad de la vida”, que evidencia una clara desmejora de la calidad de vida, generando síntomas de agotamiento, falta de fuerzas, desesperanza, etcétera.

Estrategias que, en los casos que no son fallidas, aparecen como tales para el analista, pero para la población son el resultado esperable; son “exitosas” en el sentido que aseguran la continuidad de la existencia, lo que a la vez evidencia los límites de su calidad.

Los bienes de consumo, entonces, se adecuan a la posibilidad de acceso. Es el caso de los alimentos que, en el mejor de los escenarios, mantienen cantidad y volumen, pero no garantizan calidad —alimentos menos diversificados, menos nutritivos y proteicos, etcétera—. A su vez esto da cuenta de la captación de estos sectores por parte del capital a partir de la creación de nichos de mercado; de un mercado para pobres impulsado por segundas y terceras marcas que, en general, pertenecen a los mismos grupos económicos, lo que potencia un monopolio “invisible” acerca de los bienes alimentarios.

Aunque esta estrategia de acumulación de capital se aplica en la vestimenta, los electrodomésticos, los automóviles, etcétera, priorizo el ejemplo de los bienes alimentarios, dado que evidencian las urgencias y/o

exigencias de reproducción más inmediata de la vida —las poblaciones, de hecho, enuncian que antes compraban “más calidad” y ahora “más barato”—.

Los bienes han venido subiendo su precio —aun en época de estabilidad—, lo que se correlaciona inversamente con los ingresos de la población debido a la desocupación masiva, caída del precio del salario, precarización laboral, etcétera.

Por otra parte, la desigualdad de género también se ha materializado en ello, dado que las mujeres son las que reciben menos remuneraciones por el mismo trabajo, o trabajan un tercio más de horas que los hombres por el mismo salario y destinan sus ingresos al consumo del día a día, a diferencia de los varones que lo hacen en gastos más “importantes”.

Las trayectorias que marcan los cursos de acción orientados al consumo pueden diferenciarse en función de dos variables: en términos del intercambio y en función de la necesidad que se intenta satisfacer (Di Virgilio, M., 2000).

Respecto del intercambio, las estrategias dan cuenta de las relaciones que se ponen en juego para acceder a un bien o conjunto de ellos y es posible identificar dos tipos de ellas.

Las estrategias individuales son realizadas mayoritariamente por mujeres, (Massa, L., 2009) dado que por la propia dinámica de asunción —adjudicación de roles— son las encargadas de llevar adelante la reproducción social de, al menos, la unidad doméstica de la que forman parte.

Las estrategias “de intercambio” —que no necesariamente refieren a la constitución de un sujeto colectivo— implican la puesta en marcha de acciones tales como compartir el medidor de luz con vecinos, pasarse vestimenta o calzado, intercambiar alimentos, “juntar las ollas”, cuidar mutuamente a los niños, la vivienda, etcétera, y también son fomentadas y/o generadas mayoritariamente por mujeres.

De la segunda variable, en función de la necesidad que se intenta satisfacer, pueden distinguirse cuatro subtipos de acciones:

Primero, las estrategias para incrementar recursos monetarios ponen de relieve las actividades que se realizan con el fin de generar mayor caudal de disponibilidad de dinero en efectivo. Por otra parte, se encuentran aquellas actividades que se planean y ejecutan con el fin de obtener productos alimentarios, de abrigo, servicios, etcétera, denominadas estrategias de acceso a bienes de consumo. Las de maximización de recursos existentes —una de las dimensiones en la que se manifiesta la autoexplotación— se refiere al conjunto de acciones orientadas a aumentar el rendimiento de recursos a los cuales se tiene acceso.

Las estrategias de este tercer subtipo permiten un margen de “soberanía” en el consumo que, en esencia, está demarcada por las posibilidades de capacidad adquisitiva, la configuración de las percepciones y el contexto en que se desarrolla la cotidianidad de los sujetos.

Así, la venta de la fuerza de trabajo es central, porque es el principal medio para acceder al dinero —aunque en muchas ocasiones el pago también prevé un porcentaje en especie—.

Los ingresos de varones y mujeres tienen diversos destinos en el interior de la unidad doméstica, respondiendo a una confluencia de complementariedad en los gastos y estereotipos de género. Lo cierto es que en las unidades domésticas donde las mujeres tienen ingresos propios y un monto asegurado, hay mayor variedad de rubros de bienes de consumo a los que se accede, notorio sobre todo en los alimentos.

Las estrategias de participación en redes barriales son aquellas que remiten puntualmente a una vinculación-reconocimiento-organización con otros/as fuera de la unidad doméstica. Si bien este tipo de acciones no son un resultado en sí mismo, pueden diferenciarse por la identificación común con otros sujetos en la realización de actividades conjuntas para satisfacer una necesidad.

Tal clasificación (Di Virgilio, M., 2000; Massa, L., 2004) es posible de ser desglosada al rastrear las trayectorias para garantizar el acceso al consumo de diversos bienes y servicios, y a la vez es compatible con una clasificación realizada por Patricia Aguirre (2005), que distingue entre cuatro aspectos en que pueden clasificarse las estrategias.

En primer lugar, las estrategias orientadas a la diversificación de las fuentes de recursos, las cuales implican acciones de compra, donaciones o producción en el caso de los alimentos o la vestimenta. Es esperable que la mayor parte de los bienes sea adquirida en el mercado, pero otra parte importante dependerá de las redes de proximidad, la asistencia social y la producción para autoconsumo —como huertas y cría de animales—.

Podría equipararse a aspectos de los subtipos de las estrategias de acceso a bienes de consumo —compra, donaciones/asistencia—, como el de maximización de los existentes —donaciones/asistencia— intercambios con vecinos o familiares —producción para autoconsumo—.

Las redes son centrales en ello, no sólo por el acceso a los bienes, sino a la información de dónde y/o cómo obtenerlos. Por otra parte, cuando la población no cuenta con dinero para comprar bienes-satisfactores recurre a préstamos de familiares o vecinos, algo que evidencia la ausencia de circulante en efectivo propio, por lo cual he tomado la referencia a los préstamos como válida, dado que son una forma de circulante en efectivo, pero “no propio”.

En relación a la asistencia social, la estrategia central es el “peregrinaje institucional”⁴ para acceder a los bienes de diversos rubros, lo que implica una inversión de tiempo y energía —a costa de ser descalificado o “aparentar” ser “merecedor” de esta asistencia— de las mujeres de las unidades domésticas que no se reconoce como “tiempo dedicado” o “despliegue de capacidad productiva” orientado a la obtención de bienes de consumo.

En segundo lugar, hay una diversificación de los mercados de abastecimiento, que se realiza con el fin de no depender de una sola fuente, permitiendo acceder a precios más bajos. Son dos los circuitos de abastecimiento: el formal y el informal. El primero refiere a aquellos

⁴ *Se ha definido de esta manera al recorrido recurrente y “circular” que realiza la población en las dependencias estatales u organizaciones barriales con el fin de obtener bienes para consumo, los cuales no necesariamente son “los que necesitan”, pero son los que pueden obtener (Massa, L., 2004).*

comercios que tienen algún tipo de control fiscal en general y sanitario para el caso del rubro alimentos.

El circuito informal aumenta en proporción inversa al nivel de ingresos y se caracteriza por locales multifunción, de pequeña escala, stock limitados y diversos tipos de créditos.

La estrategia clave de los hogares es invertir tiempo/energía en la búsqueda de precios de ambos circuitos, tarea “típicamente” femenina. Aquí aparecen no sólo préstamos entre vecinos, sino compras al “fiado”⁵ en comercios del barrio o un incremento de la realización de “changas” —trabajos inestables y esporádicos, por lo general no bien remunerados— por parte de los integrantes de las unidades domésticas para obtener mayores ingresos.

El manejo de la composición familiar⁶ es otro tipo de estrategia que desarrollan las personas.

A pesar de la “transición” en la configuración familiar (Torrado, S., 2007), las familias de sectores populares aún tienen una fecundidad alta de tres o más hijos, y en dichos hogares son aquéllos quienes más tempranamente aportan beneficios a la unidad doméstica, realizando tareas de producción y/o reproducción familiar —cuidado de hermanos más pequeños, colaborando en la búsqueda de bienes en el circuito informal, realizando actividades domésticas, etcétera—. En relación a la obtención de ingresos, “a medida que los hijos crecen su producción se integra como trabajo silencioso, no remunerado, pero con peso entre los ingresos del hogar” (Aguirre, P., 2005: 143).

⁵ *Sacar fiado en los comercios del barrio de pertenencia es una práctica muy común en Argentina, donde las personas compran y tanto el dueño del comercio como ellos anotan en “libretas” los gastos durante un periodo de tiempo acordado, hasta que se cancelan y se inicia nuevamente el proceso. Deriva de fiar, que según el Diccionario de la Real Academia Española significa tener o confiar en algo o alguien.*

⁶ *La autora que ha realizado esta clasificación reseña y discute la explicación dada por la teoría de las fecundidad, de raigambre neoclásica, acerca de la cantidad de hijos que tienen las familias pobres en relación a beneficios de “consumo, ingreso y seguridad” y los costos de “mantenimiento y oportunidad” de éstos.*

En cuarto lugar, la autoexplotación se materializa en dos sentidos. El primero es aumentar ingresos, lo cual implica o bien un aumento de las personas que trabajan en la unidad doméstica, o un incremento de horas trabajadas por sujeto ocupado. La ecuación es trabajar más = aumento de ingresos.

La segunda remite a la reducción de gastos, que en un marco de estrategias de reproducción en la lucha por la sobrevivencia se manifiesta en acciones para garantizar el consumo, tales como la sustitución con energía propia de lo que antes se compraba, consumir distinto o directamente consumir menos. La inversión de energías para reemplazar productos con alto valor agregado es tarea propia de mujeres, aspecto donde se evidencia la desigualdad de género: son ellas quienes pagan con su sobretrabajo no reconocido, invisibilizado, el acceso a algunos bienes-satisfactores.

El tema de la alimentación es significativo por como se manifiesta, tanto en la calidad nutricional de las mujeres pobres —cansancio o falta de fuerzas que son confundidos con “flojera”—, como en sus cuerpos con sobrepeso, porque si no consumen carne, frutas y verduras por destinarlas “para otros”, les queda como base de su alimentación las grasas, azúcares e hidratos (Aguirre, P., 2005).

En relación a la representación y la autorrepresentación de las mujeres, su autoexclusión de la ingesta de determinados alimentos o la no modernidad de la vestimenta es vista como doble eficacia: hay más disponibilidad para los otros miembros de la unidad doméstica y el sacrificio la reubica en un lugar de “mujer” que refuerza las representaciones socialmente aceptadas sobre su rol.

Este sistema de percepciones que son las que fundamentan las elecciones de consumir ciertos tipos de bienes y no otros en la misma gama de precios, se sostiene por ideas sobre las prioridades del consumo de determinado rubro, el consumo en sí mismo en la cotidianidad y la conformación de sociabilidad a partir de ello.

Y ello es así por una confluencia de factores que remiten a la comprensión de la gente de su propia situación y las formas de resolverlas, desde esa misma lógica, de la forma más eficaz posible.

Conclusiones

El cúmulo de actividades que se desarrollan con el objetivo de acceder a la satisfacción de necesidades de la unidad doméstica es asumido de forma diferencial por sus miembros.

En este aspecto, considero relevante hacer hincapié en la tensión existente entre naturalización y desnaturalización, tanto de las actividades como de quienes las realizan. No necesariamente forman parte del saber reflexivo: sólo se hacen, como un aspecto más de la vida cotidiana.

Es a partir del saber cotidiano que las construcciones sociales en torno a esto se cristalizan y naturalizan, legitimando las desigualdades sociales, económicas, políticas, de género... a partir de determinadas explicaciones del mundo que aluden y eluden lo real o instituyen la realidad; y son estas significaciones las que dan cuenta, estructuran y organizan las relaciones humanas.

La relación que hay entre la reproducción social y la desigualdad de género es que la mujer, siendo la encargada de la reproducción social de la familia, hace que sus hijas mujeres continúen con su representación del ideal de género, “inculcándoles” que ellas serán las encargadas de la familia en el futuro; y a sus hijos varones, que serán el sostén económico del hogar, asumiendo y reproduciendo desde ese lugar la división sexual del trabajo dentro de la familia, que supone la separación supuestamente “natural” de ámbitos específicos de trabajo para varones y mujeres. En el caso de éstas, la identificación entre maternidad biológica y maternidad social opera como mecanismo de legitimación para la asunción de la reproducción de la unidad doméstica como pertinente a su género.

Por la dinámica de adjudicación/asunción del rol de reproductoras sociales, las mujeres salen a sostener con la venta de su fuerza de trabajo la caída de ingresos de la unidad doméstica, aceptando condiciones más desfavorables que las de los hombres y ejecutando trabajos que son una prolongación de su rol privado, o bien sustituyendo “capital” por trabajo —es decir, adquiriendo bienes de escaso valor agregado y asumiendo ellas la tarea de generarlo para el consumo—. Por otro lado, son las mujeres las que intensifican —en cantidad, extensión y exigencias—

las actividades desarrolladas para mantener los niveles de reproducción social otrora conseguidos. La venta de bienes y servicios de producción propia, el “peregrinaje institucional” en distintas dependencias públicas —estatales o no— y privadas para acceder a beneficios de programas sociales, la intensificación de los niveles de fuerza de trabajo empleados cotidianamente, etcétera, son algunas de ellas.

En contextos de vulnerabilidad, todos los esfuerzos, los sentidos, las capacidades y las estrategias están orientados a intentar garantizar la reproducción inmediata de la vida; dinámica en la cual es indiscutiblemente relevante la figura femenina, a expensas de su salud física y psicológica.

Las necesidades son construcciones sociales y la forma en que se resuelve la posibilidad de ser satisfechas estará determinada por una dinámica que incluirá factores económicos, políticos, sociales y éticos, la posición que los distintos sujetos —individuales o colectivos— ocupan en la sociedad, las posibilidades y limitaciones de su contexto, las relaciones de fuerza, la experiencia y el saber personal: por tanto, materializan las determinaciones históricas y sociales que las configuran.

Las acciones desarrolladas por los sujetos para dar respuesta a sus necesidades —las estrategias de reproducción— ponen en juego su creatividad, pero en la amplia mayoría de la población la búsqueda de la satisfacción se da en un contexto caracterizado por la lucha por las condiciones de existencia, que en muchos casos se limitan a la sobrevivencia.

Las estrategias de reproducción, en general, y las de sobrevivencia —que defino como conformantes de las primeras en tanto se orientan a la reproducción inmediata—, en particular, en su manifestación refieren elementos simultáneos de reproducción y superación del orden social que las “cargan” de dinamismo, proceso en el cual estos elementos se alinean, conviven y se enfrentan.

Tales estrategias, si bien permiten adaptarse a las nuevas situaciones de crisis —reforzando la desigualdad al “instalarse” en ella—, también generan una dinámica que implica, ante la invención de procedimientos para garantizar la reproducción, un posible facilitador de la interacción

cotidiana y la construcción de relaciones sociales con el fin de acceder a los bienes-satisfactores.

Si los cursos de acción desarrollados se enmarcan en la autoconservación, es decir, que se realizan estrategias individuales, se refuerza tanto la privatización de las necesidades como la resolución de su satisfacción.

Si se desarrollan, en cambio, en el contexto barrial-comunitario, significa un ámbito de intercambio —no sólo de bienes-satisfactores—, lo que supone avanzar en la desprivatización de las necesidades y los modos de su satisfacción.

Reconocer que es posible ampliar el sistema de necesidades y construir estrategias que trasciendan el ámbito privado, y que además no generen desigualdad o expulsión en el acceso, es hacer explícito que tanto las necesidades como las formas de su satisfacción son construcciones sociales.

Este despliegue de acciones de reproducción refuerzan, tanto en la actitud de las mujeres como en su universo inmediato, la idea de que son ellas quienes deben encargarse de la reproducción social de la vida de los miembros de las unidades domésticas de las que forman parte —de hecho, en general, “les sale bien”—.

Y si bien esto es real, no puede dejar de tenerse en cuenta que es justamente eso lo que les ha dado la posibilidad de romper con la percepción histórica de que son “pasivas”, “flojas”, “cortas”, etcétera, porque, además, por más utilitarios que sean los vínculos entre vecinos, son realizados casi exclusivamente por ellas.

La tensión permanente entre estereotipación/posibilidad de ruptura de los estereotipos genera síntesis siempre nuevas, y en todo caso un tanto más emancipadoras que el aislamiento de esas mujeres en el ámbito privado, la confinación en sus unidades domésticas o, cuanto mucho, la conexión con las tres manzanas que rodean su hogar.

Bibliografía

Adler de Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo Veintiuno Editores.

Aguirre, Patricia (2005). *Estrategias de consumo: qué comen los argentinos que comen*, Buenos Aires, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas/Miño y Dávila Editores.

Argüello, Omar (1981). “Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido”, *Demografía y Economía*, El Colegio de México, vol. XV, núm. 46, México.

Borsotti, Carlos (1981). “La organización social de la reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias”, *Demografía y Economía*, El Colegio de México, vol. XV, núm. 2, México.

Bourdieu, Pierre (1999). *Espacio social y génesis de las clases*, Colecciones Sociología y Cultura, México, Grijalbo.

Cardoso, Fernando y Enzo Faletto (1975). *Desarrollo y dependencia en América Latina*, Bs. As., Siglo XXI Editores

Carrasco, Cristina (2001). “La sostenibilidad de la vida humana, ¿un asunto de mujeres?”, *Mientras Tanto*, núm. 82, Barcelona, Icaria.

Coraggio, José Luis (2005). *¿Es posible otra economía sin (otra) política?*, Pequeño Libro Socialista, Buenos Aires, La Vanguardia.

Di Virgilio, María Mercedes (2000). *La vida cotidiana de las unidades domésticas*, Documento de Trabajo núm. 21, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Duque, Joaquín y Ernesto Pastrana (1973). *Las estrategias de supervivencia de las unidades familiares del sector popular urbano*, Santiago de Chile, Escuela Latinoamericana de Sociología de la Flacso/Centro Latinoamericano de Demografía.

Duque, Joaquín y Ernesto Pastrana (1973). “Estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria”, PROELCE, Santiago de Chile.

Espín Díaz, Jaime (1999). “Estrategias campesinas de sobrevivencia y de reproducción social en la población negra del Valle del Chota, Ecuador”.

Disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/afrika/diaz.rtf>

Feijoo, María del Carmen y Silvina Ramos (1982). “Estructura y circulación de los recursos en familias de sectores populares urbano”, Boletín CEIL, año V, núm 8

Feijoo, María del Carmen e Hilda Herzer (comps.) (1991). *Las mujeres y la vida de las unidades domésticas*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

García Canelini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.

Geldstein, Rosa y Nena Delpino, s/f. *Mujeres como principal sostén económico del hogar*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Población.

Guerrero, Andrés (1984). “Estrategias campesinas indígenas de reproducción: de apegado a huasipunguero (Cayambe, Ecuador)”, en Andrés Guerrero, *Estrategias de sobrevivencia en la comunidad andina*, Quito, CAAP.

Giddens, Anthony (1997). *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Gunder, Frank, A. (1992). *El subdesarrollo del desarrollo. Ensayos autobiográficos*, Madrid, IEPALA Editorial.

Heller, Ágnes (1994). *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Ediciones Península.

Hintze, Susana (1987). “Crisis y supervivencia: estrategias de reproducción”, *La Ciudad Futura*, núms. 8/9, Buenos Aires.

Hintze, Susana (2004). “Capital social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el ‘capital social de los pobres’” en Claudia Danani (comp.), *Políticas sociales y economía social: debates fundamentales*, Buenos Aires, UNGS-Fundación/OSDE-Altamira, Colección de Lecturas sobre Economía Social.

Jelin, Elizabeth (2004). “Familia: crisis y después...”, en Catalina Wainerman (comp.), *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF.

Lewis, Oscar (1982). *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, México, Grijalbo,

Lo Vuolo, Rubén, Alberto Barbeito, Pautassi, Laura, Corina Rodríguez (1998). *La pobreza... de la política contra la pobreza*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.

Massa, Laura (2006). “Estrategias de sobrevivencia y prácticas de consumo de unidades domésticas de sectores populares de la ciudad de Luján”, informe final de beca de investigación-categoría perfeccionamiento, Universidad Nacional de Luján, mimeo.

Massa, Laura (2009). “Estrategias de reproducción social y satisfacción de necesidades. Aportes de la Economía Social y Solidaria”, tesis doctoral, Buenos Aires, Universidad de Luján.

Meillassoux, Claude (1977). *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*, México, Siglo XXI Editores.

Morales, Liliana Aurora (2001). *Mujeres jefas de hogar, características y tácticas de supervivencia. Una intervención desde el Trabajo Social*, Buenos Aires, Editorial Espacio.

Navarro Marshall, Cristóbal (2008). *La acumulación originaria de la Economía del Trabajo. Elementos para un debate necesario*, tesis de maestría, maestría en Economía Social, UNGS, Buenos Aires, mimeo.

Netto, José Paulo (2002). “Reflexiones en torno a la cuestión social”, en José Paulo Netto et al, 2002, *Nuevos escenarios y práctica profesional: una mirada crítica desde el trabajo social*, Buenos Aires, Espacio.

Palma, Diego (1984). “Entre la moda y la ciencia. Estrategias de sobrevivencia y participación”, *Acción Crítica*, núm. 15.
Disponible en: <http://www.ts.ucr.ac.cr/revi-ac.htm>.

Prebisch, Raúl (1981). *Capitalismo periférico: crisis y transformación*, México, Fondo de Cultura Económica. Obras de economía.

Przeworsky, Adam (1982). “La teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre los trabajos de la comisión de población y desarrollo de CLACSO”, en Walter Mertens, Adam Przeworsky, Hugo Zemelman y Manuel Mora, *Reflexiones teórico-metodológicas sobre las investigaciones en población*, México, El Colegio de México.

Putnam, Robert (1993). “The prosperous community. Social capital and public life. The American Prospect”. Vol. 4 Nº 13. Disponible en: <http://www.prospect.org/>

Rozas Pagaza, Margarita (1998). *Una perspectiva teórico metodológica en Trabajo Social*, Buenos Aires, Editorial Espacio.

Saenz, Álvaro y Jorge Di Paula (1981). “Precisiones teórico-metodológicas sobre la noción de estrategias de existencia”, en *Demografía y Economía*, vol. XV, núm. 2 (46), El Colegio de México, México.

Sen, Amartya (2000). *Desarrollo y libertad*, Barcelona, España, Editorial Planeta.

Topalov, Christan (2004). “De la ‘cuestión social’ a los ‘problemas urbanos’: los reformadores y la población de las metrópolis a principios del siglo XX”, en Claudia Danani (org.) *Políticas Sociales y Economía Social: debates fundamentales*, Buenos Aires, UNGS/Editorial Altamira/Fundación OSDE.

Torrado, Susana (comp.), (1981). *Investigación e Información Sociodemográficas II. Los censos de población y vivienda en la década de 1980 en América Latina*, Serie Población y Desarrollo, CLACSO, Buenos Aires.

Torrado, Susana (1983). “Transición en la Familia”. en *Desarrollo Económico*, vol. XXL, núm 45, Buenos Aires.

Torrado, Susana (1999). “Transición en la Familia Argentina 1870-1995”. en *Desarrollo Económico*, vol. XXIX, núm 54, julio-septiembre de 1999, Buenos Aires

Torrado, Susana (comp.), (2001). *Poblacion y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del Siglo XX*, Buenos Aires, EDHASA.

Villasmil Prieto, Mary C. (1998). “Apuntes teóricos para la discusión sobre el concepto de estrategias en el marco de los estudios de población”, *Estudios Sociológicos*, México.

Zaremborg, Gisela (2005). “¿Princesa salva a príncipe?: Estrategias de supervivencia, género y políticas de superación de la pobreza en México”. Disponible en <http://www.clad.org.ve/fulltext/0053034>.